

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

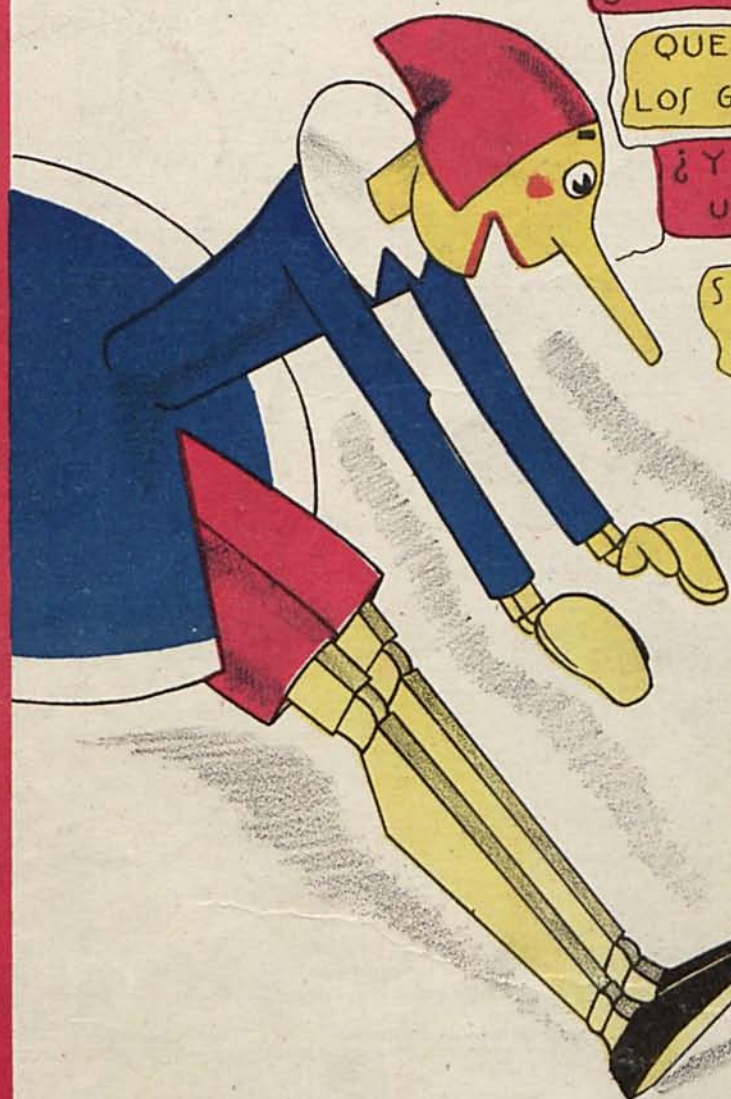
AÑO II
NUM 93

40 Cents.

28 NOVIEMBRE
1926



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID



ME ACABO DE EXAMINAR Y ME
HAN DADO EL NÚMERO UNO

¿Y QUE TE HAN PREGUNTADO?

QUE CUANTAS PATAS TIENEN
LOS GATOS Y HE DICHO QUE TRES

¿Y TE HAN DADO EL NÚMERO
UNO?

SI PORQUE LOS DEMÁS HAN
DICHO QUE TIENEN DOS



PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIÁN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.—SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA. AÑO 20 PESETAS. SEMESTRE 10 PESETAS. TRIMESTRE 5 PESETAS. OTROS PAÍSES AÑO 30 PESETAS.



El Capitán Corretón y sus Chicos Tin y Ton



¡AY! ¡AY! ¡AY!

¡ESTO PARECE EL TREN DE LOS LOCOS!

¡SE LE FIGURA AL CAPITAN QUE ES EL UNICO POLLO QUE SE VA DE EXCURSION!

¡NO ENTIENDO QUE JALEO ES ESTE!

¡PUES ESTA EQUIVOCADO!

¡LARGO DE AQUI! ¡QUE LOS ECHEN!

¡PIIIII!

¡VAMOS POLLOS QUE YA PITA LA MAQUINA!

¡ANDÁ PARA CASA! ¡QUE ES ESO DE SALIR SIN MI PERMISO! ¡AHORATEVAS A ESTAR EXCURSIONANDO EN LA CARBONERA! ¡HASTA QUE TE REPONGAS DE LA IDIOTEZ QUE TIENES EN ESA BARBUDADA CABEZA!

PROGRAMA PARA HOY

VOCES DE SOCORRO

Sensacional

GRAN CINE



—Pues, sí señor; tengo la seguridad de que me espían para robarme el invento de mi nuevo bote motor.

Decía esto Mr. James Worlock, un señor de mediana edad, pequeño y rechoncho, con gafas, que estaba en su taller, reducido y atiborrado de utensilios y cachivaches.

—¿Y en qué se funda usted para sospechar que lo espían? —preguntó el famoso detective Paddy O'Darrel, a quien acompañaba su ayudante Bob y el inteligente sabueso Trailer.

—Me fundo en que he visto ya varias veces a hombres rondando por el patio, y el otro día atrapé a uno aquí, dentro del taller; pero logró escapar por la ventana antes de que yo pudiera cogerlo. No me cabe duda de que lo que les tienta es aquello.

Y el inventor señaló con el dedo un nuevo motor a medio construir que estaba puesto sobre unos topes macizos de madera en el otro extremo de la habitación. Dicho motor tenía una forma muy extraña, que según explicó Mr. Worlock, era, precisamente, lo que le iba a dar más velocidad.

—¿Y desea usted que persigamos esta misma noche a esos rondadores? —preguntó el detective.

—Sí, señor; cuanto antes se les coja, mejor, porque estoy expuesto a no ver terminado mi invento.

—Haremos lo posible por capturarlos. ¿Trabaja usted solo?

Mr. Worlock se puso rojo.

—Ahora, sí; pero hasta hace una semana tenía aquí a un chico ayudándome; pero el pobrecillo se ha ahogado.

—¿Es triste! ¿Y cómo ha sido eso?

—Pues una tarde Peter Marsh —que así se llamaba el chico— me pidió permiso para salir a dar un paseo en un bote muy parecido a éste que acabamos de construir aquí. Le di el permiso y yo mismo le vi dirigirse al embarcadero y salir mar adentro bordeando la costa. Después... no he vuelto a saber más de él.

—Me figuro que habrá usted hecho las pesquisas necesarias para encontrarle—observó Paddy tras unos momentos de silencio.

—¡Naturalmente! Tanto la policía como los pescadores han buscado durante varios días al pobre Peter; pero inútilmente, pues sólo se ha encontrado su gorra, que las olas arrojaron a la orilla. Yo me figuro que el bote habrá chocado contra algún escollo, haciéndole una vía de agua, que será lo que le hizo hundirse.

Tanto Paddy como Bob quedaron unos minutos silenciosos bajo la impresión del relato; pero los sacó de su silencio el inventor preguntándoles si querían ver las otras dependencias del taller, y les llevó a un patio que éste tenía en la parte de atrás, cerrado por una alta pared de ladrillos, y en el cual había almacenado gran cantidad de cajones y de hierros viejos. A ambos lados del patinejo se levantaban otros dos edificios, cuya fachada miraba al puerto. De allí volvieron al taller, saliendo luego al muelle, desde donde contemplaron el hermoso mar que se extendía ante ellos.

Sandport era un pueblecito de pescadores, en cuyo puerto se balanceaban infinidad de embarcaciones. Bob se fijó en una de las que estaban amarradas en el desembarcadero, que era un bote motor muy parecido al que acababan de ver en el taller.

—¿Es éste uno de sus nuevos botes, Mr. Worlock? —preguntó—; porque me parece muy peligroso dejarlo ahí abandonado.

—Ese no es el último modelo —replicó el inventor sonriendo—. Llevo contruidos ya tres modelos diferentes, y en cada nuevo modelo introduzco nuevas reformas. Ese que ve usted ahí no tiene, ni mucho menos, la potencia del que estoy construyendo ahora.

—Me agradecería dar un paseo en él, si usted no tiene inconveniente —sugirió Bob.

—¡Al contrario! Me alegraré mucho que se distraiga usted un rato —se apresuró a contestar M. Worlock.

—En ese caso puedes ir ahora, Bob —dijo Paddy—, porque lo más probable es que pasemos la noche en vela, y un paseo por mar te despejará la cabeza; pero ten cuidado de no alejarte mucho.

La cara de Bob se puso radiante de satisfacción ante la perspectiva del paseo.

—¡Muchas gracias, jefe! ¿Por qué no viene usted también?

—No creas que no me apetece; pero prefiero quedarme rondando por estos alrededores. ¡Que te diviertas y no tardes mucho en volver!

Bob puso el motor en marcha y el bote comenzó a navegar lentamente. Cuando ya estaba en alta mar, Bob dió vista a un promontorio que sobresalía desde la costa, adentrándose atrevidamente en el mar. Apetecióle al muchacho pasar cerca de él, y hacia allá se encaminó, acelerando la marcha y dejando a Sandport. Cuando estuvo junto a él no pudo por menos de admirar el alto y agreste acantilado; pero de repente se estremeció, porque de la base del promontorio salían gritos pidiendo socorro. Entonces escudriñó el acantilado y vió entre las rocas una figura que se movía. Dirigió el bote en aquella dirección para prestar auxilio al que lo imploraba. Saltó fuera del bote en la escollera, y apenas había avanzado unos metros, cuando de entre las rocas salieron dos hombres que se arrojaron sobre él y le tiraron al suelo. Luego le cubrieron la cabeza con un saco y lo arrastraron hasta dentro de una cueva.

El espía.

Mientras tanto Paddy O'Darrel inspeccionaba los talleres de Mr. Worlock y sus alrededores; pero como pasaba el tiempo y Bob no volvía, el detective empezó a intranquilizarse. Dábale, sin embargo, cierta seguridad el saber que su ayudante conocía el manejo de los botes de motor y que, caso de ocurrirle cualquier avería, él mismo sabría arreglarla.

La noche había cerrado ya por completo. Mr. Worlock se había retirado a su casa y Paddy disponíase a hacer la guardia en el silencio y oscuridad del taller. Brillaba una hermosa luna, cuyos rayos pasaban a través de la ventana, dando sobre los bancos de trabajo.

De pronto oyó ruido fuera y se puso en acecho; y en seguida vió que un hombre forzaba la ventana valiéndose de una barra de hierro. El intruso entró en el taller y Paddy, saliendo del lugar donde estaba oculto, se echó sobre él. A la vista de Paddy el ladrón dió un grito de asombro y miedo; pero rápido como una centella, cogió una llave de tuerca que ha-





bía sobre uno de los bancos y se la tiró al detective, hiriéndole en la frente y haciéndole caer de espaldas. El ladrón aprovechó esta oportunidad para huir y salió corriendo al patio, subiéndose de un salto a la pared de ladrillo, muy a tiempo para que *Trailer*, que iba detrás de él, no le clavase los dientes.

En cuanto el detective se rehizo del golpe púsose en pie, salió al patio y saltó también al paredón. Desde allí divisó al fugitivo, que al final de la calleja montaba en una motocicleta y se alejaba de ella. Entonces Paddy levantó al perro por el collar y saltaron a la calleja; y como tenía el automóvil cerca, emprendió en él la persecución de la motocicleta.

La calleja salía a una ancha carretera, y ya en ésta vió el detective que el ladrón le llevaba bastante delantera, tanto que en un recodo le perdió de vista. Entonces apeóse del automóvil para explorar un bosque cercano a la carretera, y entre los árboles encontró, como sospechaba, la moto arrimada a un árbol. ¿Dónde se habría escondido el que la montaba? Afortunadamente, en el manubrio iba atado un abrigo que dió a oler a *Trailer*. El sabueso lanzó un gruñido y siguió corriendo por la carretera hasta llegar al promontorio; allí se negó a continuar andando, y Paddy se asomó al borde del acantilado. Amarrada a un enorme peñasco vió que pendía una cuerda cuya extremidad tocaba en el agua.

Un descubrimiento extraño.

—Debe de haberse descolgado por esta cuerda—se dijo Paddy, y mirando para abajo vió como hacia la mitad del acantilado la boca de una cueva; pero no parecía haber ni un camino practicable para llegar a ella, pues el promontorio era completamente escarpado y vertical.

—Voy a bajar por la cuerda y enterarme de lo que hay—se dijo—; tú espérame aquí *Trailer*.

Y el detective comenzó a descender por la cuerda; pero cuando iba hacia la mitad sintió que tiraban de ella, y se quedó paralizado de terror al ver que por una abertura de la roca salió una mano empuñando un cuchillo que indudablemente trataba de cortar la cuerda. Y si aquella mano lograba llevar a cabo tan criminal hazaña, Paddy caería desde una altura de quince metros. Hizo, pues, un poderoso esfuerzo para ascender apresuradamente y agarrar el brazo asesino; pero ya no tuvo tiempo porque acababan de cortar la cuerda, y el detective cayó dando un grito que rasgó los aires. Al chocar su cuerpo con el agua se hizo un remolino a su alrededor, y durante un buen rato fué juguete de las olas, hasta que una de ellas lo arrojó contra una roca. Entonces, agarrándose a ella, salió del agua y fué abriéndose camino trabajosamente por entre la escollera, llegando al fin a la entrada de una cueva. Como los rayos de la luna iluminaban la entrada, le llamó la atención un objeto tirado en el suelo, y al ir a recogerlo vió que era la gorra de Bob.

Entonces se detuvo a reflexionar sobre lo que podría haber ocurrido allí. ¿De quién era la misteriosa mano que había cortado la cuerda? Probablemente del individuo a quien él venía persiguiendo. ¿Pero por qué se encontraba allí la gorra de Bob? ¿Lo habrían hecho prisionero? Miró alrededor del promontorio a ver si divisaba el bote motor; pero nada se veía en todo lo que abarcaba la vista. ¿Había naufragado el pobre muchacho? Sumamente disgustado, Paddy entró en la cueva, y ya dentro de ella vió que tenía la forma de un túnel, que se iba ensanchando hasta convertirse en una caverna de grandes proporciones.

Al poco rato de andar por el túnel le dió en el rostro el aire frío de la noche, a la vez que llegaba a sus oídos el rugido de las olas al romper contra el acantilado. La cueva tenía una grieta en la parte alta de uno de los lados, y comprendió que por allí habían entrado los que se descolgaban por la

cuerda. Efectivamente, del fondo de la cueva emergieron tres figuras que se arrojaron sobre él. Y a la luz de la luna que entraba por aquella abertura reconoció Paddy en uno de ellos al individuo que acababa de asaltar el taller de Mr. Worlock.

El detective luchó a brazo partido con los tres, no pudiendo evitar que le diesen unos cuantos golpes y que le tiraran al suelo, donde aún continuó peleando. Pero en aquel crítico momento oyó una voz que gritaba:

—¡Muy bien, jefe! ¡Bravo, bravo!

Era la voz de Bob. Al oírla, uno de los hombres se levantó y corrió a esconderse en el oscuro rincón de la cueva. Bob iba acompañado de otro chico y se echaron los dos sobre los asaltantes de Paddy y en un momento los maniataron.

—¡Se ha escapado uno de ellos, jefe! —exclamó Bob mirando a su alrededor.

—Ya lo cogeremos más tarde —respondió Paddy, y reparando en el muchacho que venía con Bob le preguntó:

—¿Quién eres tú y cómo habéis venido a parar aquí los dos?

—Yo soy Peter Marsh, y me han traído aquí engañado esos bandidos. Había salido a dar un paseo por mar, y al pasar cerca del acantilado oí voces pidiendo socorro. Salté a tierra

para ver lo que ocurría y fui capturado por esos tres individuos, los cuales, sin duda, creyeron que el bote en que yo venía era el último modelo construido por mister Worlock y pensaban apoderarse de él por este procedimiento.

—Pues exactamente igual me ha ocurrido a mí —declaró Bob—. Me vieron en otro de los botes de mister Worlock y pensaron que acaso fuese el último modelo.

—¡Pues me alegro muchísimo de que se hayan engañado y de que vosotros estéis sanos y salvos! —exclamó Paddy—. ¿Pero dónde se habrá metido el otro bribón?

Fueron siguiendo las huellas de sus pisadas que había en el túnel hasta llegar a otra abertura por la que se salía a la escollera. Allí estaba colgando la cuerda que había sido cortada y por

la que indudablemente había subido el ladrón hasta lo alto del acantilado.

Este, de una altura como de treinta metros, presentaba dificultades muy serias que vencer, y aun con el asidero de la cuerda ofrecía los peligros de agudas piedras que como puñales entorpecían el paso. El ladrón debió, sin duda, subir precipitadamente, por cuanto aún colgaban entre los riscos afilados algunos harapos de su ropa, y veíanse también algunas huellas de sangre, delatorias de heridas que debió hacerse el fugitivo en su peligrosa ascensión.

Paddy subió también por ella, y, efectivamente, en lo alto del promontorio se encontró a un hombre tumbado en el suelo, al que *Trailer* tenía sujeto con los dientes por una pierna.

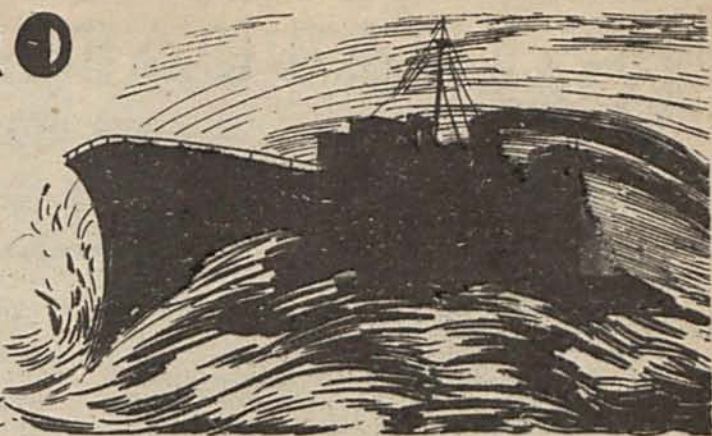
Paddy, Bob y Peter volvieron a Sandport con los tres prisioneros y los entregaron a la Policía.

La reaparición del joven Peter causó gran alegría en el pueblo; pero mayor fué la de Mr. Worlock, que, ayudado por él, terminó poco después su nuevo bote, con el que obtuvo un gran éxito.



EL CRUCERO SIN NOMBRE

por A.M. GIANELLA



(Continuación.)

- ¡Blasfemo!
- ¡Bah!..., el diablo es amigo mío.
- Silencio.
- ¿Qué sucede?
- Alguien viene.

En aquel instante la puerta de la celda se abrió y un carcelero, acompañado por tres soldados, se precipitó dentro, agarrando a los reclusos y empujándolos hacia afuera.

—Andando, andando —gritaba brutalmente—. Daos prisa, canallas, si no queréis asaros aquí como castañas; y no intentéis escapar, porque os ganaréis un tiro en el cogote.

Alberto Wendover y su compañero se dejaron arrastrar. Por las galerías y en la escalera encontraron otros desgraciados como ellos, vigilados por guardias, que seguían el mismo camino.

Pronto estuvieron fuera del edificio y se encontraron en el centro de un cuadro formado por tropas de infantería y de caballería arma al brazo. La confusión y el tumulto habían llegado al colmo.

La turba, formada en su mayoría de parientes o amigos de los presos, y de gentes de poco más o menos, parecía hacer todo lo posible por aumentar el desorden y entorpecer la obra de los salvadores.

Las bombas de incendio de vez en cuando resultaban inútiles. El agua tardaba; ahora faltaba una cosa, luego otra.

El cuerpo principal del edificio ardía como un horno y las llamas amenazaban propagarse a los pabellones próximos.

Fueron hechos salir también los reclusos de éstos, y para evitar la aglomeración de un excesivo número de personas, el jefe de policía mandó conducirlos a los cuarteles en grupos fuertemente escoltados.

Formáronse inmediatamente compañías de soldados de infantería y caballería. Los prisioneros fueron divididos en cuadrillas, y puestos en medio de los soldados marcharon a sus respectivos destinos.

Los primeros grupos pasaron sin incidentes notables, salvo alguna que otra tentativa por parte de la plebe para libertar a los condenados.

Cuando le tocó la vez a la cuadrilla donde iba Alberto Wendover y Mop, sonaron varias detonaciones, secas como pistolazos.

La turba onduló despavorida; pero no se oyó un solo grito de dolor. Solamente algunos caballos de la escolta se encabitaron furiosamente, dando botes acá y allá, sin cuidarse de las imprecaciones de los ginetes, produciendo gran desorden entre soldados y prisioneros.

Con su rápida intuición el público comprendió que se intentaba un golpe de mano sobre los condenados, y comenzó a aullar abalanzándose en tumulto.

Los de la primera fila, empujados con fuerza por los que estaban detrás, fueron lanzados sobre las líneas de soldados, tirados al suelo y pisoteados.

Gritos de dolor, voces de alarma, imprecaciones y voces de mando estallaron y se confundieron en un solo inmenso aullido.

Los prisioneros rompieron las filas y se desbandaron, entablando con los policías y soldados una fiera lucha. El populacho se mezcló en ella, seguro de que nadie haría uso serio de las armas por temor de herir a un compañero, resultando de todo un pandemonium.

Cuando llegaron refuerzos y el orden fué restablecido, se comprobó que seis condenados habían logrado escapar; entre ellos estaban Alberto Wendover y Mop.

Este último desapareció con una habilidad insuperable y no dió señales de vida.

Alberto, por el contrario, se vió rodeado por media docena de hombres, arrastrado lejos, echado casi de golpe en un coche que le esperaba y que marchó inmediatamente. Al cabo de una hora de desenfrenada carrera el carruaje

se detuvo y el fugitivo hubo de descender. Miró en derredor de sí.

Estaba en el lugar más desierto del puerto de Liverpool, a la orilla del mar. Pocos pasos más allá esperaba una chalupa.

—Mister Wendover —dijo uno de los que le habían acompañado—, estáis en salvo, al menos por el momento. Saltad a bordo de esa barca y dejáos conducir con plena confianza.

—Presidente —respondió el ex recluso, reconociendo en el que hablaba al anciano del penal—, mi vida desde este momento os pertenece.

—No señor, a mí, no —replicó—, sino a nuestra causa común. Yo no he hecho más que obedecer el estatuto, que prescribe ayudar al compañero.

—Aceptad, entonces, mi eterna gratitud.

—Tenéis un noble corazón. Abracémonos y partid.

—Presidente —dijo al fin—, ¿sabéis por qué fui condenado?

—Sí.

—¿Y me creéis culpable?

—No.

—¡Oh, gracias, gracias!

Y el fugitivo se lanzó con ímpetu en los brazos del anciano jefe de los fenianos.

Saludó luego a los compañeros y se dispuso a embarcar. De pronto quedó parado, perplejo.

—Decidme —murmuró—. ¿Mi evasión ha causado víctimas?

—Creo que no.

—¿Pero aquellas detonaciones?...

—Tranquilizaos; eran simplemente fuegos artificiales, ruidosos, pero inofensivos, lanzados entre las patas de los caballos para espantarlos y producir confusión.

—¿Pero el incendio...?

El anciano se echó a reír.

—Culpa de la mala administración de la cárcel —dijo con ironía—. No debía haber tenido acumulada en un sólo lugar tanta leña seca e incendiabile; pero... Andad, mister Wendover; ya sabréis más a su debido tiempo.

Luego, viendo al joven dudar aún, añadió con un gesto de impaciencia:

—¡Vamos! ¿Cuándo esperáis embarcar?... ¿Cuándo tenéis a los policías a la espalda?

Alberto Wendover saludó y se lanzó a la chalupa, la cual marchó velozmente impulsada por cuatro remos magistralmente manejados.

Eran las cuatro de la mañana. El sonido de la campana de un reloj que daba la hora en una torre cercana, llegó a oídos de nuestro fugitivo haciéndole estremecer.

Un viento suave se había levantado del Nordeste y barría la niebla, despejando poco a poco cielo y mar.

Alberto se volvió para mirar en dirección de la ciudad, que cada vez quedaba más lejos, y fijó sus ojos en un punto del cual se desprendían resplandores rojizos. Era la cárcel.

El incendio, a la sazón dominado, disminuía visiblemente.

El infeliz joven, a la vista del lugar donde había entrado por la maldad de un hombre, y del que salía de un modo trágico, sintió llenársele el pecho de amargura y abandonó la cabeza entre sus manos, sumiéndose en una profunda meditación. Sacóle de ella una voz que de pronto le dijo:

—Mister, hemos llegado.

—¿Dónde? —preguntó levantándose.

—Mirad.

Vió entonces que la chalupa había llegado junto a un gran barco anclado fuera del puerto.

Desde el castillo de proa gritó un marinero:

—¡Eh, de abajo!...

(Continuará en el número próximo.)



CHAUDAR EL PESCADOR

CUENTO DE

LAS MIL Y UNA NOCHES

(Continuación.)

—Muchas gracias —le contestó—; no lo necesita porque es rico y tiene a sus órdenes a muchos esclavos.

Dióle el comerciante veinte dinares diciéndole:

—Librame de responsabilidad; desde ahora quedas libre.

Y lo despidió. Al salir a la calle vió Chaudar a un pobre y le dió los veinte dinares. Con Abdessamad estuvo hasta que concluyeron los ritos de la peregrinación. El magrebí le entregó el anillo que el mismo Chaudar había sacado del dedo del Mago Axxamaral, diciéndole:

—Toma este anillo, con el que conseguirás todo lo que desees. Tiene a sus órdenes un genio, Arraad Alcásif; todas las cosas del mundo que tú apetezcas te las traerá. Para que venga el genio no tienes que hacer otra cosa que frotar el anillo; él se presentará y hará lo que le mandes.

Y frotó Abdessamad el anillo, e inmediatamente se presentó un genio que gritó:

—¡A tus órdenes, señor! ¿Qué quieres que haga? ¿Quieres que levante y pueble una ciudad dormida? ¿O deseas acaso que destruya una ciudad floreciente? ¿O que mate algún rey? ¿O que aniquile algún ejército?

—¡Oh Raad! —le dijo el magrebí.— Este hombre será desde ahora tu dueño, pórtate bien con él.

Acto seguido lo despidió. Y dijo a Chaudar:

—Ya sabes: frota el anillo y se presentará el genio, que hará sin replicar cuanto tú le ordenes. Y ahora, vuélvete a tu pueblo; ten cuidado con este talismán, que puede librarte de todos tus enemigos, y no te olvides de su poder maravilloso.

—Señor, con tu permiso me marcharé a mi tierra.

—Frota el anillo —le dijo el magrebí— para que venga el genio; monta en su espalda, y ten la seguridad de que si le dices: «Llévame hoy a mi pueblo», no te desobedecerá. Despidióse Chaudar de Abdessamad, frotó el anillo y apareció el genio, que dijo:

—¡A tus órdenes! ¿Qué quieres que haga?

—Que me lleves al Cairo en el día de hoy.

—Serás complacido.

Y cargó con él voló desde por la mañana hasta media noche, dejándolo sano y salvo en la casa de su madre. Y desapareció.

Entró Chaudar a presencia de su madre; cuando ésta lo vió, levantóse rápidamente y, llorando, lo abrazó, y le contó luego lo que había pasado con sus hermanos y cómo habían perdido la alforja encantada.

No preocupó a Chaudar la situación de sus hermanos y dijo a su madre:

—No pases pena por esto, pues ahora mismo vas a ver lo que hago y tendrás aquí a mis hermanos.

Y frotó el anillo. El genio apareció, diciendo: «¡A tus órdenes, señor! ¿Qué quieres de mí?» Y Chaudar le contestó:

—Te mando que me traigas a mis hermanos desde la prisión del rey.

Metióse el genio en la tierra y salió en medio del calabozo. Sálím y Sólím estaban en la mayor angustia y aflicción por causa de la miseria de su cárcel; deseaban que llegara la muerte y se decían el uno al otro:

—Hermano, se prolongan nuestras fatigas. ¿Hasta cuándo estaremos encerrados en esta cárcel? La muerte sería para nosotros el descanso.

Y de repente notaron que se abría la tierra y se presentaba ante ellos Arraad Alcásif: los cargó a sus espaldas y se volvió a meter en la tierra; los prisioneros perdieron de miedo el conocimiento, y cuando lo recobraron estaban en su propia casa, delante de su hermano, a quien acompañaba su madre.

—Yo os saludo, hermanos —les dijo Chaudar—. Vuestra presencia me alegra extraordinariamente.

Ellos bajaron los ojos al suelo, avergonzados, y empezaron a llorar.

—No lloreis ni os aflijais.

Y se puso a darles seguridades hasta que sus corazones se tranquilizaron. Entonces les contó todo lo que le había sucedido desde que ellos lo vendieron hasta el día de su encuentro con el jeque Abdessamad.

—No te irrites contra nosotros esta vez —le suplicaron sus hermanos—; si volvemos a las andadas, podrás hacer con nosotros lo que quieras.

—No temáis —les contestó—; pero decidme qué ha hecho con vosotros el rey.

—Nos azotó y nos amenazó —le dijeron—, y nos quitó las alforjas.

—¿Hará caso? —preguntó Chaudar mientras frotaba el anillo y aparecía el Genio. Sus hermanos se asustaron, pensando que les iba a mandar que los matara, y acogiéndose a su madre le suplicaban diciendo:

—¡Oh madre nuestra! ¡Nos ponemos bajo tu protección; intercede por nosotros!

—¡No temáis, no temáis, hijos! —les contestó ella!

—Te mando —dijo Chaudar al Genio— que me traigas todas las riquezas que se guardan en el tesoro del rey; que no quede en él absolutamente nada, y que me traigas las alforjas encantadas y las otras que tenían oro y perlas y que el rey quitó a mis hermanos.

—Oído y obedecido —contestó humildemente el Genio—. Y partió al instante, reunió cuanto almacenaba el tesoro del rey, cogió las alforjas con lo que tenían dentro y lo llevó todo a los pies de Chaudar.

—Señor —le dijo—, no queda nada en el tesoro del rey. Ordenó Chaudar a su madre que guardase las alforjas llenas de piedras preciosas, y conservó él mismo la alforja encantada, y luego mandó al Genio:

—Constrúyeme esta misma noche un palacio alto; pinta-rás sus paredes con agua de oro y lo amueblarás con toda riqueza; que no llegue el nuevo día sin que tú hayas terminado este encargo.

—Lo tendrás —contestó el Genio, y desapareció en la tierra.

Aún no empezaba el día, cuando el palacio estaba dispuesto y ordenado. El Genio fué a Chaudar a decirle:

—Señor, el palacio está concluido, todo está en orden; si quieres, puede subir a divertirse con su vista.

Subieron todos: Chaudar, su madre, sus hermanos, y vieron el palacio, que no tenía igual en el mundo, que pasaba por su belleza y perfección. Chaudar estaba muy contento, y preguntó a su madre:

—¿Querrás vivir tú en este palacio?

—Con mucho gusto viviría —contestó la mujer, pidiendo a Dios por su hijo.

Frotó Chaudar el anillo, y cuando tuvo el Genio delante le ordenó:

—Tráeme cuarenta esclavas blancas hermosas y otras cuarenta negras, y cuarenta esclavos blancos y otros cuarenta negros.

—Los tendrás —contestó el genio.

Y partió acompañado de cuarenta servidores suyos a las comarcas de la India, de la China, de la Grecia; y cada doncella hermosa que veían y cada mancebo que encontraban lo cogían, hasta que reunieron la cantidad pedida; y los llevaron a todos a casa de Chaudar y la llenaron. Se los enseñó a Chaudar y le agradaron. Después ordenó al Genio:

—Trae a cada esclavo un vestido que sea rico.

—Lo tienen preparado —le contestó.

—Trae un vestido para mi madre y otro para mí.

Hízolo así el Genio, y Chaudar dijo a las esclavas señalando a su madre:

—Esta es vuestra señora; besadle las manos y no la desobedezcáis, y servidla todas, blancas y negras.

El tesorero de la casa del rey quiso tomar algunas cosas del tesoro; entró y quedó pasmado al no ver en él cosa alguna de las que había dejado en la vispera. Era como una colmena de la cual se hubieran ausentado las abejas. Dió un grito y cayó desmayado. Una vez que recobró el sentido cerró la puerta y se fué a ver al rey Xema Eddaula y le dijo:

—¡Oh Príncipe de los creyentes! Tengo que comunicarte que el tesoro ha quedado vacío esta noche.

—¿Qué has hecho de mis riquezas, que se guardaban en mi tesoro?

—Por Dios juro que yo no he hecho nada ni sé cómo puede haber sido el despojo. Ayer entré y hallé todas las cosas en su sitio; hoy, cuando he ido a ver, lo he encontrado vacío: las puertas estaban cerradas, sin señales de rotura ni de haber sido forzadas, sin que se pueda decir que ha entrado un ladrón.

—¿Han desaparecido también las alforjas? —preguntó con ansiedad el rey.

—También —contestó el tesorero.

El rey, enloquecido, se levantó y dijo a su servidor:

—Anda delante de mí.

(Continuará en el número próximo.)

La ciudad ardiente

CUENTO DE CALLEJA EN COLORES

(Conclusión.)

—Sé, conde Ulrico, que tenéis a la condesa de Alba Bella prisionera hace veinte años. Soy el conde, su hijo, huérfano de padre por vuestra culpa, y vengo a reclamar mi honra ultrajada por vos y a la vez a rescatar a mi madre —contestó con brío el joven.

—¡Ah! ¿Conque eres el hijo del conde Aroldo? Está bien. Mañana por la mañana estate preparado. Voy a disponer a mi gente y a continuar la batalla que hace veinte años quedó suspensa por la muerte de tu padre.

Diciendo esto se retiró a su castillo. Reunió a sus vasallos y les dió orden de presentarse al día siguiente listos para la lucha.

A la mañana siguiente, en vez de gritos de guerra y toques de clarines, se vió avanzar un anciano ermitaño con la cabellera cubierta de ceniza, con un cayado en la mano y los pies descalzos. Llegó hasta Aroldo, y arrodillándose en el suelo le dijo:

—Yo, el conde Ulrico, te pido perdón por el mal que te he hecho; toma la llave del castillo y pon en libertad a tu madre. Sé amigo de mi hijo, pues queda solo en el mundo. Yo me voy al bosque a hacer penitencia para que Dios perdone mis pecados.

Aroldo, como era bueno, le perdonó de corazón y le vió partir hacia el bosque, en el cual vivió él toda su vida pasada.

II

Aroldo era feliz en su nuevo estado. Tenía hogar, una madre que le amaba con locura, títulos, riquezas y un buen amigo en el conde Ulrico, hijo del anciano conde del mismo nombre.

Pasaron varios años, y Aroldo deseaba conocer el mundo, y aún más desde que su amigo le había hablado de cierta «ciudad ardiente» que se hallaba en lejano país. Dicha ciudad se decía que estaba encantada y nadie había podido desencantarla.

Se armó Aroldo con su enorme espada y emprendió la marcha, acompañado de su amigo Ulrico.

Después de muchas jornadas presentóse a la vista de los jóvenes una inmensa hoguera, y, entre las columnas de humo, se divisaban las cúpulas y las torres de los edificios.

Rodearon aquella hoguera a ver si era posible acercarse, encontrando la entrada de la ciudad. Dicha entrada era una enorme y fortísima puerta de hierro cerrada y, delante de ella, una hidra furiosa con siete cabezas, que movía sin cesar y hacia todos lados. A través de la puerta se distinguía una bella y anchurosa calle. Todo allí era silencioso y siniestro.

Aroldo empuñó su espada y de un tajo cortó una cabeza de la hidra; inmediatamente le renació. Viendo esto, cortó dos; sucedió lo mismo. Entonces, pensó cortar las siete a la vez. Así lo hizo, y al rodar las siete cabezas por el suelo, como por ensalmo se apagó el incendio. Ulrico estaba absorto al ver el valor y destreza de su amigo Aroldo; con su espada rompió

la puerta y entraron; todo el mundo allí estaba convertido en estatua. Gentes, caballos y objetos, todo era de mármol blanco.

Entraron en el mejor palacio que vieron y al llegar a una lujosísima cámara, encontraron una bellissima joven dormida sobre un diván; aquel era el único ser viviente que había allí, en aquella ciudad.

Aroldo la quitó el casco que cubría su cabeza y cayó al suelo una larga y rizada cabellera negra. Estaba tan hermosa, que Ulrico dió un beso en la frente de la dormida joven. En el acto

despertó. Gran ruido y música se oía por doquiera, y levantándose la joven, dijo a Aroldo:

—Valiente joven, tuya es mi mano, pues me has despertado del sueño que disfruto hace más de dos siglos. El Genio de los Genios me encantó, pues no quise aceptarle por esposo, y debía dormir hasta que un valiente joven arrostrara todos los peligros y depositara un beso en mi frente. Tú eres, pues, el que debe ser mi esposo.

—Señora, perdonad; es mi amigo quien os ha besado, y a él le toca el honor de ser vuestro esposo —contestó Aroldo.

—Está bien —dijo la princesa—; para obtener mi mano, vuestro amigo tendrá que someterse a tres pruebas: de agilidad la una, de fuerza la otra y de destreza la tercera. Mañana mismo se ejecutará la primera; pero si pierde en alguna, quedará libre. Retiraos, pues, hasta mañana —mandó la princesa con aire ofendido.





Aroldo comprendió que tenía una enemiga en aquella dama, que, aunque muy bella, no era la dama de sus pensamientos, pues él tenía sus compromisos matrimoniales con una de las princesas del reino en que estaba su condado.

Cuando los amigos llegaron a la calle, todas aquellas estatuas de mármol se movían; todo tenía vida y se notaba en aquella ciudad gran animación.

—¿Qué te parece, amigo? —dijole Aroldo.

—Creo que no ganaré la mano de la princesa. Yo no tengo ninguna habilidad, y me vencerá mi contrario —dijo Ulrico.

—No seas niño; ya te ayudaré yo. No temas, y déjame ayudarte —contestó Aroldo.

A la mañana siguiente la princesa convocó al pueblo y le presentó a los jóvenes como sus salvadores. Grande fué el alborozo, y los vítores se oían por todos lados.

—Hoy mismo principiarán las pruebas para mis bodas —continuó la dama—. Traed los dos mejores caballos de mis cuadras y entremos en la lid.

Aroldo, viendo que la princesa montaba un brioso caballo y daba otro a Ulrico, se escabulló como pudo, y, disimuladamente, se puso un casco que le hacía invisible, y que siempre llevaba consigo. Cuando Ulrico montó su caballo, sintió que alguien montaba en su trasera, y oyó la voz del amigo que le decía:

—Valor; yo te ayudaré.

Ulrico se mostró valeroso. La primera prueba era el salto de un foso profundo. La princesa tomó impulso y su caballo saltó con facilidad.

Aroldo oprimió el caballo de su amigo con sus piernas y saltó aún más lejos.

La princesa arrugó el ceño.

Vino la segunda prueba. Consistía en tirar, pendiente arriba, una gruesa bola de hierro.

Ulrico se creyó perdido, pero oyó a Aroldo que le decía al oído:

—¡Valor; aquí estoy yo!

Ulrico se mostró fuerte.

La princesa tomó la bola y la lanzó hasta la cumbre. La bola quedó sobre la cuesta inmóvil.

Ulrico, ayudado por Aroldo, que empujó su brazo, la lanzó al otro lado de la pendiente.

La princesa tomó un aspecto sombrío e iracundo.

—Empezó la tercer prueba. La dama montó un soberbio caballo y empuñó una lanza. Dió a Ulrico otro y arma semejante.

Aroldo montó sobre el caballo de Ulrico y empuñó la lanza. Los caballos, puestos al galope, se encontraron, las lanzas se partieron y la princesa rodó por los suelos.

—Me has vencido —gritó iracunda—; debes ser mi esposo.

Aquel mismo día se celebraron las bodas, a las cuales asistió Aroldo como padrino. A pesar de la gentileza de la desposada, Aroldo notó que le odiaba por no aceptarla como esposa.

Al día siguiente Aroldo se despidió de su amigo y consorte y se fué a su condado.

Pocos días después celebró Aroldo sus bodas con la hija menor del rey, e invitaron a Ulrico y su esposa como padrinos.

En aquellos días se declaró una guerra, y hablando ambas esposas, la de Aroldo contó a su amiga que no temía por su marido, pues su cuerpo era como el acero, salvo un sitio en el cual le cayó una hoja cuando recibió el baño de sangre —agregó después de referir la historia.

—Mira —dijo la de Ulrico—, señala con una crucecita el sitio y yo le daré un guardián para que le vigile el sitio peligroso. Así nadie le herirá.

La inocente esposa de Aroldo así lo hizo, y la de Ulrico le envió un soldado para custodiarlo, con instrucciones de asesinarlo.

Hallábase la guerra en lo más crudo, cuando Aroldo sintió sed, y al agacharse en un arroyo a tomar agua, su guardián le clavó el puñal en el sitio señalado con la cruz. A la vez profirió estas palabras:

—Mi ama quedará contenta con mi obediencia.

Aroldo cayó como muerto y el asesino huyó. Dichosamente, al inclinarse sobre el agua, su guerrera se corrió sobre el sitio peligroso, y el puñal del asesino resbaló, atravesando solamente la parte muscular. Gracias a esto, Aroldo salvó su vida y pudo pasar largos años con su madre y esposa felizmente en su castillo de Alba Bella, sin tomar vengaza de la pérfida princesa, esposa de Ulrico. Estos se volvieron a sus posesiones sin haberse vuelto a saber nada de ellos.

FIN



NO VEO EL NOMBRE
DE TU HERMANO POTIPÁN
EN NINGUNA DE
LAS LISTAS DE BUENA
SOCIEDAD

NO; MIRE A VER SI
ESTA EN LAS LISTAS
DE LOS QUE NO QUIEREN
TRABAJAR

POTIPÁN Y CAÑAMÓN

¿QUIÉN SERÁ ESE
CABALLERO TAN DIS-
TINGUIDO QUE ESTÁ
HABLANDO CON
POTIPÁN?

SE HA
PARADO A
OIR A POTIPÁN
QUE ESTÁ TO-
CANDO EL LAUD.

TOCA USTED MUY
BIEN EL LAUD Y ME
GUSTARÍA QUE VI-
NIESE A DISTRAER
CON SU MÚSICA A
UNOS AMIGOS QUE
VAN A VENIR
A CASA.

¡AH! ¡YO
IRÉ SEÑOR.

ESTE CABALLERO
HA DICHO A "DIS-
TRAER" NO A
"ASUSTAR"

QUITATE DE DELANTE
QUE VOY CORRIENDO
A VESTIRME PARA IR
A CASA DE ESE SEÑOR
TAN ELEGANTÍSIMO
¡YO TOCARÉ!
¡VAYA SI
TOCARÉ!

NO ARRANCA EL
COCHE SEÑOR, SE
DEBE HABER ESTRO-
PEADO ALGO.

BUENO, PUES
ARREGLALO

¡AH! ¡AUN ESTÁN AHÍ!
¿QUE OCASIÓN MAS
PRECIOSA PARA
PRESENTARME
EN LA BUENA
SOCIEDAD!

¡EJEM!

¡YA ESTÁ
ARREGLADO
SEÑOR!

¡EJEM!

¡MAS DEPRISA!
¡MAS DEPRISA!

¡EJEM!

¡ALTO!
¡ALTO!

¡ES QUE ESE
SEÑOR DEL
HONGO ME HA
INSULTADO!

¡ESE SEÑOR DEL
HONGO, NI SIQUIERA
LA HA MIRADO A
USTED!

¡POR ESO ME HA
INSULTADO! ¡POR
ESO! ¡NI SE HA
DIGNADO MIRARME!
¡LE PARECE A USTED
POCO!



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



KIMO

PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO.

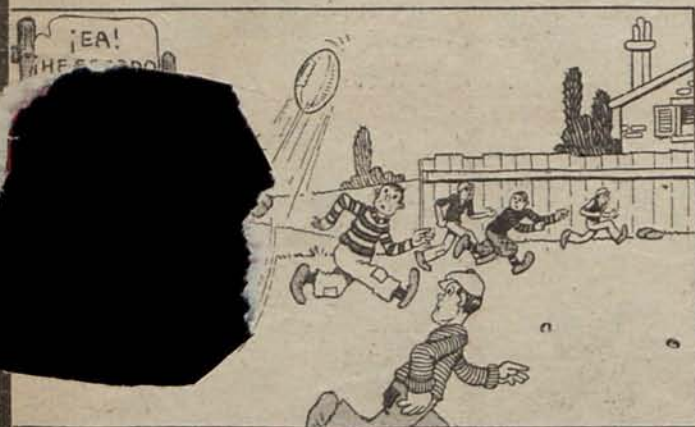


LAURA, LA COTORRA INDISCRETA





COLORÍN Y SU PANDILLA



COLABORACION PINOCHISTA



Un guardia de la «porra».
LUIS ARAL.
Jaén.



Currinche.
ANGEL MARTÍ.
Seis años. Elche.



El Buenos Aires inaugura las obras del Canal Alfonso XIII.

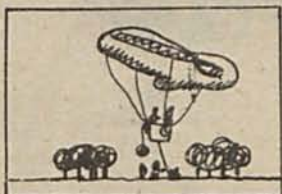
BLAS MORENO.—Sevilla.



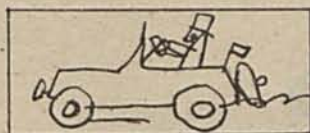
Mi colegio.
ANTONIO M. SALGADO.
Nueve años. Madrid.



El pueblo de Pinocho.
ANITA LEÓN SANTIAGO.
Once años. Valencia.



El globo del Retiro.
JUSTO PARRA.
Nueve años. Madrid.



Mi papá se ha comprado este «auto».
JOSÉ M. YAGÜES.
Vigo.



A las cuatro y media pasa el tren por mi huerto.
ANGEL RUBIO.

Cuento.

Al día siguiente de salir Pinocho para Madrid se retiró ligero a un hotel, y al estar allí un día fue a pasear. Pronto conoció a una piadosa, buena y compasiva muñeca llamada Pirula. Le gustó tanto, que se casó con ella.

También Chapete pensó e hizo cuanto pudo por casarse con ella. Pero, ¡claro!, Pirula, que no era tonta, dijo que no y que no.

Y desde ahora están muy felices Pirula y Pinocho los dos juntos, viviendo en Apartado 447, preciosa y lujosa casa, donde Pinocho y Pirula se entretuvieron en hacer revistas y cuentos para niños. Y es allí donde mandamos nosotros las soluciones.

MAGDALENA S. CANTILA.
Once años. Sevilla.

Cuento.

En el reino de las hadas vivía un labrador que tenía tres hijas. La menor se llamaba Rosa, la segunda Malva y la mayor Jazmin. Esta última era muy amarilla y triste. Nadie sabía de qué pena padecía...

* Una anciana madrina de Jazmin le dijo que para hacer desaparecer esa pena tendría que ir al monte de la felicidad.

Al día siguiente Jazmin preparó su equipaje, emprendió el camino, y al llegar a un bosque se sentó y se quedó dormida. A la mañana siguiente siguió el viaje y llegó a un monte. Siguió hasta donde había un gran palacio, y tocó un timbre hecho con oro y plata. A su vista apareció un gato blanco y le habló, con gran sorpresa de Jazmin, diciéndole: «Jazmin, llévame contigo a salvarme antes de que venga la bruja».

Jazmin tomó al maravilloso gato y echó a correr. Llegó la noche y vieron ante ellos un palacio de marfil. El gato le dijo: «Ahora golpea en el palacio.» No había hecho esto Jazmin, cuando en vez del gato vio un gallardo príncipe. No se sabe cómo el príncipe se casó con Jazmin. Desde ese día se volvió rosadita y alegre.

Colorán, colorán,
las campanas de San Juan.

MARÍA E. SANTOS.
Once años. Buenos Aires.

El mentiroso.

Dos aprendices, naturales del mismo pueblo, José y Benito, vieron un huerto lleno de coles.

—¡Oh, qué coles tan hermosas! —dijo José.
—¡Vaya! —contestó Benito—. No me parecen tan enormes. En mis viajes he visto yo una col tan grande como la casa del señor cura.

José sabía que su amigo tenía el defecto de mentir, y le contestó:
—Pues no me extraña, porque yo también he visto cosas... Por ejemplo: en el taller he trabajado en la fabricación de una olla tan grande como la iglesia.

—¡Ca! No puede ser. ¿Qué querían hacer con semejante olla?

—¡Pues, amigo mío, querían cocer tu col —le contestó José.

Benito, comprendiendo la lección, se ruborizó en seguida e hizo propósito de no mentir más en su vida.

ALFONSO VILARIÑO GARRIDO.
Once años. Coruña.

La bruja Escobilla.

Allá en tiempos remotos vivía cierta bruja llamada Escobilla en un castillo de acero, en el cual tenía secuestradas a dos princesas que las había robado de su palacio una noche de verano.

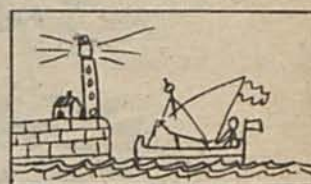
Habiendo notado el rey la falta de sus hijas, mandó pregonar un edicto diciendo que quien las trajera le casaría con una de ellas; y habiendo ido muchos mozos en busca de ellas, tuvieron que venir con las manos en los bolsillos, porque no encontraron nada.

Uno más listo que el hambre logró encontrarla en dicho castillo, después de haber matado a la bruja; y las bodas se celebraron con gran pompa.

JOSÉ LUIS RIÑÓN.
Nueve años. Málaga.



El Cap. Frío se va de América.
Buenos Aires.
RAUL JOSÉ LEHENTZ.



Pinocho pesca un atún.
RAMÓN MÉNDEZ.
Once años. Madrid.



Pinocho lee el PINOCHO.
CRUZ ESTEBAN.
Doce años. Vitoria.

Honradez.

Un hombre muy pobre se encontró una vez una bolsa de dinero, y se dijo a sí mismo: «Esta plata no me pertenece, y es preciso buscar el dueño de ella.» Inmediatamente hizo publicar que el que reclamara una bolsa con dinero podía dirigirse a él.

La persona que la había perdido fue a verlo, y le dio tales señas de ella, que le probó enteramente ser su dueño.

—Os la devuelvo —le dijo el pobre— y me felicito infinito de poderlo hacer.

El otro, lleno de gozo y gratitud, le rogó aceptara veinte monedas de oro como una prueba de su agradecimiento, pero el otro las rehusó; le ofreció el doble, y siempre se negaba; hasta que el dueño del dinero lo tomó y se lo arrojó, diciéndole:

—Guárdalo, puesto que nada has querido aceptar de mí; yo tampoco he perdido.

El pobre, entonces, por no ofenderlo más, tomó una sola moneda, que dio en el mismo instante a un pobre mendigo estropeado que en ese momento acertó a pasar por su lado.

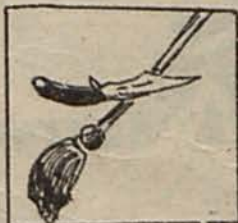
M. ORLANDO SEPÚLVEDA.
Once años. La Serena (Chile).



La víctima del crimen, que fue sorprendida rezando el rosario.



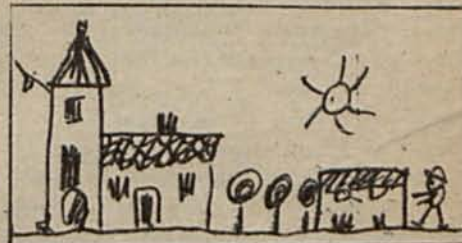
El gitano Mala Sangre, presunto autor. En la «foto» se le ve una señal que le hizo la víctima.



Armas que intervinieron en el crimen.



Sereno y boticario del pueblo que no oyó el fragor de la lucha.



Currito el guapo va a misa.
PATRO GARCÍA BEL.—Loja.



Único testigo del crimen y medio de locomoción que empleó el asesino para huir.



Estado en que quedó la víctima, pues recibió cincuenta y una puñaladas.

AGUSTO LÓPEZ.—Diez años. Madrid.

CUPÓN DE COLABORACIÓN PINOCHISTA
CORRESPONDIENTE AL NÚM. 93
Envío del suscriptor (1) Don

(1) Solo los suscriptores pueden colaborar en esta sección.

SECCIÓN RECREATIVA



FIGURAS RECORTABLES



INSTRUCCIONES

El tigre.—Recórtese cuidadosamente por la línea exterior y la parte rayada de rojo. Dóblese por las líneas A, B, C y D, quedando éstas hacia afuera, y por las líneas E, F y G, hacia adentro. Péguense la cabeza y cuello, un lado con otro, dejando sin pegar las patas y el cuerpo para que pueda sostenerse con facilidad. El rabo se doblará un poco por su línea de puntos.

El payaso.—Recórtese por su línea exterior y dóblese por la línea A hacia afuera, y por la línea B hacia adentro, bajando los brazos como indica el modelo. Péguense la cabeza y cuerpo, un lado con otro, dejando sueltas las piernas.

NOTA IMPORTANTE

Con un trozo de papel, recortado y doblado convenientemente, según los modelos e instrucciones que os damos aquí, podréis construir estos preciosos muñecos.

Si no queréis recortar las figuras del periódico, para conservarlo entero, podéis calcarlas sobre un papel grueso o cartulina flexible, y así, además, aunque os equivoquéis alguna vez, podéis repetir hasta que acertéis a hacerlo bien. Una vez recortada y doblada la figura, la pintáis como el modelo.

CONCURSOS DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

LOS PESCADORES DE RANAS



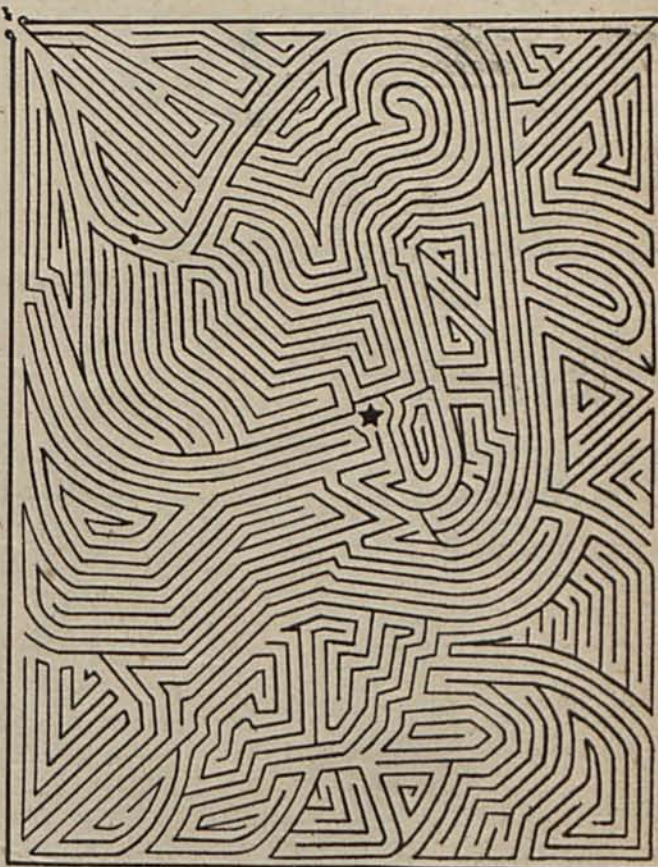
Perico, Juan y Antonio salieron un día a pescar ranas sin el consentimiento de sus padres, pues sabido es el enorme peligro que hay en pescar a estos animalitos, no porque sean capaces de hacer daño, sino porque al ir a cogerlos se corre el peligro de caer en el estanque o ciénaga donde se crían. Y esto les ocurrió a Perico, Juan y Antonio, que se cayeron al charco, y como no volvían a casa, salieron en su busca dos amigos de ellos, Tomás y Andrés. Al cabo de mucho buscar, llegaron al charco. Ver una rana y empezar a bailar, todo fué uno. Tal fué su alegría, que se olvidaron de sus amigos y se dispusieron a pescarla. ¡Pobres Juan, Antonio y Perico! No lejos de donde se hallan sus amigos se encuentran ellos. ¿Sabriais vosotros encontrarlos?

LAS ESPOSAS ABANDONADAS



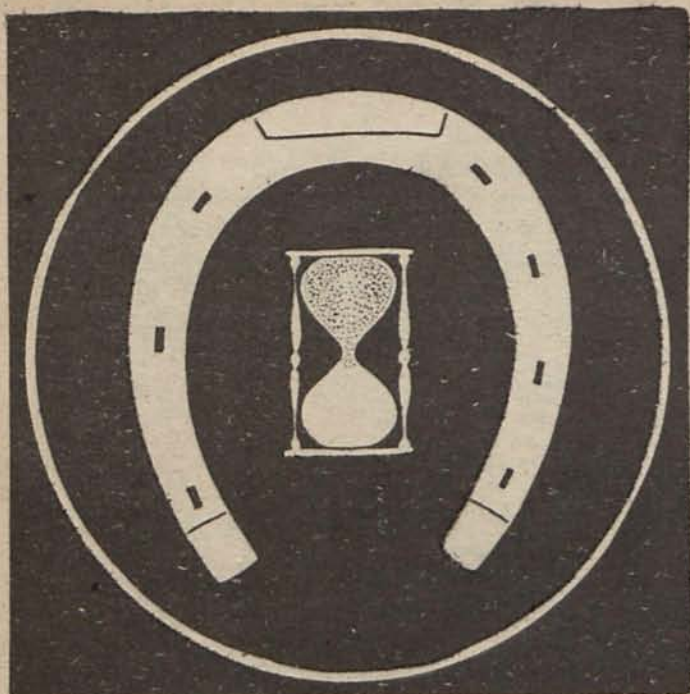
Doña Gorrina Pérez y doña Rita Perdiguero salieron una tarde, acompañadas de sus respectivos esposos, a dar un paseo. Habían estrenado las señoras unos preciosos trajes, y doña Gorrina lucía un magnífico sombrero adornado con dos estupendas plumas de la cola de un gallo que su esposo había arrancado expresamente para ella. Doña Rita iba más sencilla, pero también elegantísima. No habían andado dos kilómetros, cuando empezaron a discutir a propósito de cuál de las dos modistas era más afamada, y... ¡claro!, los pobrecitos esposos, aburridos, se marcharon, dejándolas con su discusión. ¿Dónde se escondió Gorrinez y su amigo?

LABERINTO



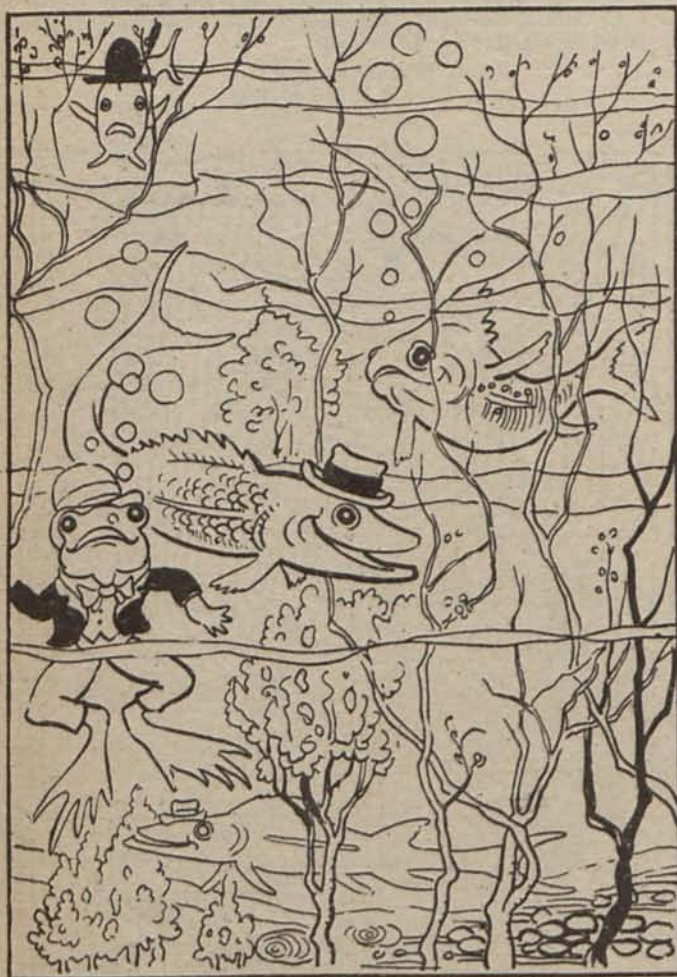
Este laberinto que aquí os doy me trae a la memoria un suceso que presencié a poco de nacer. Aún no se había secado la cola con que pegaron mi nariz y me vi un día en un parque de un palacio de un rey. A mi lado había un niño que se distraía en quitarme y ponerme el gorro. Iba ya a anochecer y, por consiguiente, a retirarnos a casa, cuando oímos gritos y vimos a una señora correr desolada en busca de un guarda del parque. Preguntamos, o mejor dicho, preguntó mi amo qué pasaba y nos dijeron que una niña había entrado en un laberinto que en el parque había y se había perdido. La madre era la señora que daba aquellos gritos que aún recuerdo. Un guarda encontró a la pequeña y se la entregó a su madre, que se la comió a besos. Este recuerdo hace que me gusten tanto los laberintos. En el que os doy aquí hay que entrar por la puerta indicada con la flecha y llegar a la plazoleta marcada con la estrella.

LA HERRADURA



He aquí un bonito problema que os va a entretener de lo lindo y que, a no dudar, todos hallaréis la solución, porque para eso sois Pinochistas y por ende aplicados e inteligentes. Pues bien; calcad con mucho cuidado la herradura para que no estropeeis la Revista, y con dos cortes de tijera, ¡sólo dos!, dados en línea recta, dividir dicha herradura en siete pedazos, cada uno de los cuales ha de tener su agujero correspondiente para el clavo. Como veis, el ejercicio no puede ser más entretenido. Para el envío de la solución, es imprescindible mandéis una indicación de cómo habéis procedido a dar los cortes.

UNA FIESTA SUBMARINA



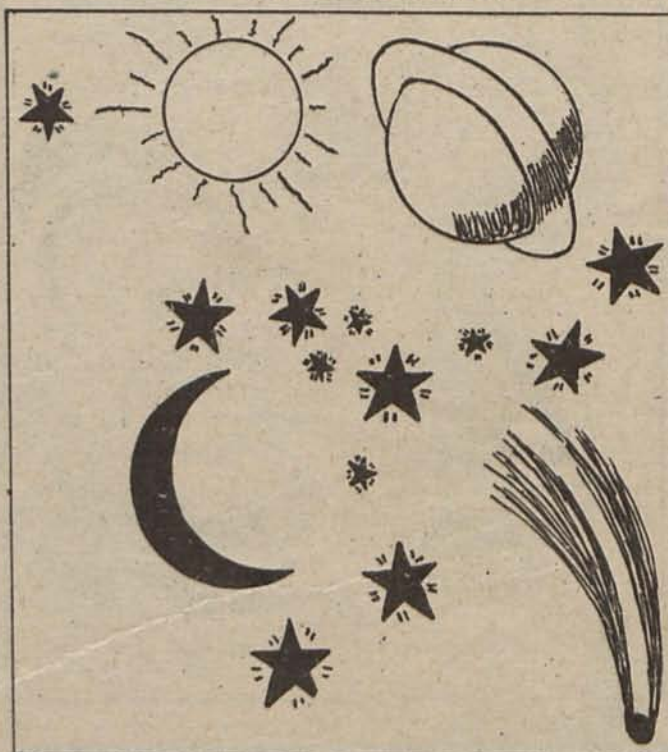
No todo ha de ser fiesta y jolgorio en la tierra. También los habitantes del mar tienen sus fiestas, o si no, ved el dibujo. No cabe duda de que es domingo. Ved a esos peces con sus sombreros de distintas formas y esa rana con hongo. Indudablemente festejan la muerte de algún tiburón vecino. Únicamente nos extraña la presencia de una rana en este sitio, pues, según nuestras noticias, las ranas no pueden vivir en el mar. Esta observación la ha hecho Anita, que sabe mucho de estas cosas. Hay dos personajes ocultos, que son los que tenéis que buscar. ¿Dónde se encuentran?

EL CONEJO ABANDONADO



Érase un conejo que salió a dar un pascito por el bosque y de paso, así como quien no hace nada, a comerse unas cuantas hierbecitas y hojitas tiernas. Llevaba andados unos cuantos pasos nuestro pobre conejito, cuando de detrás de unos arbustos apareció de repente una ardilla. El corazón del conejito empezó a latir precipitadamente, pues era muy miedoso. Pero estad tranquilos, pues al conejo no le pasará nada. Oculto entre la enramada se halla el padre del conejito, ya dispuesto a defender a su hijito. ¿Dónde se halla?

PROBLEMA SIDERAL



Este problema consiste en separar todos estos astros entre sí con sólo trazar cinco líneas de forma que al quedar trazadas las cinco dichas líneas el dibujo quede dividido en 10 departamentos y en cada uno de ellos un astro.

La EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA", S. A., remite a todas las Repúblicas hispanoamericanas sus publicaciones a los mismos precios anunciados para España y sin recargo alguno de ninguna clase. Aun tratándose de pedidos muy pequeños es fácil remitir el importe, ya sea por cheque obtenido en cualquier Banco, ya por Giro postal en las Repúblicas que tienen establecido este servicio con España, y que son las siguientes: Argentina, Bolivia, Brasil, Costa Rica, Cuba, Chile, Honduras, Méjico, Salvador y Uruguay.



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?
—Hoy quisiera que me explicaras, amigo buho, el por qué de los nombres de los días.

—Para esto tendremos que remontarnos a tiempos antiguísimos, querido Chonón.

—Ya me lo figuro; pero tu prodigiosa memoria conserva el pasado tan fresco como el presente, y lo que es más prodigioso todavía: prevé, a veces, hasta el porvenir.

—El pasado a que ahora te refieres es tan remoto, que entre él y nosotros han pasado muchas generaciones de buhos y de Chonones. Figúrate que es una época en que la Humanidad no conocía aún las bondades del Cristianismo y de la Civilización.

—¿Entonces cómo vivían?

—En un estado de bárbara ignorancia que les hacía incurrir en las mayores torpezas. La credulidad estaba abierta a todos los vientos; y así, su fantasía llegó a crear un dios para cada cosa. El agua, el fuego, la guerra, todo, en fin, tenía su dios; y eran dioses tan absurdos, que en ellos culminaba, por lo general, todo lo malo. La leyenda les hace rivalizar en fuerza y poder; y el dios más fuerte fué el dios de todos los dioses.

—¿Qué lástima que no viviese en aquellos tiempos el malvado Chapete!

—Dices bien, querido Chonón; porque el malvado Chapete hubiera sido el dios de la perversidad, y quién sabe si Tin y Ton hubieran conquistado, con sus travesuras, algún trono mitológico.

—¿Y dices que había un dios que mandaba en todos?

—Sí, amigo Chonón; hubo uno, que fué Júpiter, al que todos temían porque le consideraban señor y amo del cielo y de la tierra.

—¿Y del agua, no?

—El dios de las aguas fué Neptuno, pero por voluntad de Júpiter; del mismo modo que, también por voluntad suya, fué Plutón el dios del fuego infernal.

—¿Sería temible este Júpiter, enfadado!

—Imagínate que disponía a su antojo de las borrascas, de las tempestades, del huracán, del rayo, de todo cuanto pudiese causar espanto a los hombres. A este dios consagraron un día a la semana: el Jueves.

—¿Y por qué no empiezas por el Lunes, y así recordaré mejor lo que me vayas diciendo?

—Lo mismo da, Chonón. ¿No ves que los nombres de los días corresponden a los nombres de los dioses? No puedes confundirte. Fíjate: Lunes, Luna; Martes...

—Marte.

—¿Ves como no te confundes?

—Miércoles, Mercurio; Jueves...

—Ya me lo has dicho: Júpiter.

—Viernes, Venus; Sábado, Saturno, y Domingo, día del Sol.

—¿Entonces el Sol y la Luna eran también dioses?

—La Luna era la diosa de los bosques, donde se dedicaba a la caza, su diversión favorita. Los romanos la llamaron Diana, y decían que era la esposa del Sol. Este astro, el Sol, tenía una hermosa carroza de oro, con la que cruzaba el espacio durante el día, lanzando sus deslumbradores rayos. Por la noche, y en este mismo carro, que se convertía en plateado, surcaba la Luna el cielo, esparciendo su luz blanca por el mundo. Marte era el dios de la guerra. Su instinto sanguinario no sentía otra ansia que la de herir y matar. Lo representaban por un lobo, símbolo de la crueldad.

—Mal día es el consagrado a Marte, ¿verdad, sabio buho?

—Un día exactamente igual a todos los demás. ¿O es que tú, amigo Chonón, crees en eso de que «en martes, ni te cases ni te embarques»?

—Yo no creo más cosas que las que tú me cuentas, y ésta no te la he oído decir nunca.

—Ni me la oírás. En cambio toma este consejo mío: «Lo que debes hacer en martes, no lo dejes para el miércoles». Mercurio es el dios del Comercio; en su templo había una fuente donde los mercaderes mojaban ramas de laurel y rociaban con ellas sus mercancías para que el dios las protegiese. Venus, diosa de la hermosura, era más amable que sus compañeros dioses. Como simbolizaba la belleza, la leyenda alejó de ella todo acto sanguinario y cruel.

—Menos mal. ¿Verdad, amigo buho?

—A Saturno, dios del tiempo, estaba dedicado el Sábado. Era el día de descanso; pero de un descanso imaginario, pues en este día se entregaban a toda clase de excesos en la comida y bebida. Las fiestas saturnales duraban, a veces, hasta siete días, y, claro, acababan rendidos y tenían que descansar. Hoy el día de descanso es el Domingo, y gracias al Cristianismo, es día de descanso verdad.

—Bueno, querido buho; yo he de decirte una cosa. No estoy conforme con que se sigan llamando así los días de la semana.

—Ni yo tampoco; pero qué le vamos a hacer.

—Cambiarlos radicalmente. Esos personajes no merecen que se perpetúe así sus nombres.

—Conforme.

—Hay otros mucho más dignos de figurar en los almanaques.

—Sí, señor.

—Yo propongo que se haga esta innovación: al Lunes se le debe llamar Currinche; al Martes, Don Turulato; al Miércoles, Pirula; al Jueves, Pinocho; al Viernes...

—No sigas, porque sólo quedan dos días y estoy viendo que te dejas dos personajes muy interesantes.

—¡Ya lo sé, querido buho! Al Viernes se le debe llamar día del buho, y al Sábado, Chonón.

—¡Estupendo! Y el Domingo, como es día del Señor, debe seguir llamándose siempre Domingo.

—Pues vamos a proponérselo a Pinocho.

—¡Vamos allá!

CORRESPONDENCIA

Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar la respuesta unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas), por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que no recibáis la revista con retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en carta particular, deberán enviar con la suya cincuenta céntimos en sellos.

Luisito G. Arellano.—Te felicito y me felicito cordialmente por el acierto que has tenido al suscribirte a mi revista. Mal he dicho al decir mi revista, pues que la revista es de todos mis suscritores. Ya tienes de par en par abiertas las puertas de mi encantado palacio para enviar tu valiosa colaboración. Tus dibujos, tus cuentos, tus historietas y tus chistes aparecerán en PINOCHO y serán comentados. ¡claro que muy favorablemente!, por los millares de lectores que PINOCHO tiene. Tu firma viajará en las columnas de PINOCHO por España y América. ¡Y quién sabe si PINOCHO será para ti quien te revele como un estupendo dibujante o un genial escritor! ¡Ojalá que así sea! Los dibujos que acompañas a tu cariñosa carta son sencillamente admirables. Hubieras cometido contigo mismo una gran injusticia no suscribiéndote a PINOCHO. Es la revista digna de ti, como tú eres digno de la revista. Ahora no olvides que has entrado a formar parte de la Comunidad de Pinochistas, donde todos rivalizan en arte, inteligencia e ingenio. ¡Bienvenido seas a ella con ese magnífico bagaje de lindos dibujos que han hecho tu presentación con todos los honores! Un apretadísimo abrazo.

Juanito Aparicio, Joaquín Retago y Juanito Sánchez.—Estos tres simpáticos Pinochistas están castigados por mí a permanecer cara a la pared durante un cuarto de hora. ¿Por qué? Por haber perdido el tiempo, cosa que no debe hacerse nunca. ¿Ponéis cara de extrañeza? Lo mismo me ocurrió a mí cuando

recibí vuestros dibujos hechos ¡a lápiz! Todo trabajo que haya de reproducirse ha de hacerse ¡por lo menos! con tinta, y si ésta es china, mejor. Abrazos.

Isabel Mira.—Tu preciosa labor, que has enviado con tu carta, ha sido para Pirula una agradabilísima sorpresa. Bonita y requetebonita la bolsa de costura. Lindo y requetelindo el centro de mesa. Todo irá en cuanto sea posible. Todo esto me dice Pirula que te lo transmita de su parte con un fuerte abrazo.

Antonio Mezúa.—Siendo suscriptor, todo lo que quieras: chistes, historietas, cuentos, dibujos, etc., etc. Soy todo vuestro.

Luisita D. Garray.—Es muchísimo más cómodo para ti hacerte suscritora que no tener que comprar PINOCHO todas las semanas. Suscribiéndote lo recibirás en tu misma casita con más anticipación, y, ¡sobre todo!, te harás Pinochista verdad con todas las ventajas (¡ahí es nada!) que tienen los suscritores. No dudo, ni un sólo momento, de cuanto me aseguras, y por eso mismo, porque veo que eres una buena amiguita mía, quiero corresponder a tu simpática amistad dándote todas, todas las facilidades que me pides, y aun más; pero para ello precisa que tú allanes las dificultades que ahora se interponen en el camino de mis deseos, y que desaparecerán tan pronto te hagas suscritora. No sabes cuánto te admiro y cuánto desco poderte complacer.

VALE

PARA HACER UN PEDIDO DE LIBROS A LA EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA", S. A., VALENCIA, NÚM. 28, MADRID, CON REBAJA DEL

25%

Cadaca el 31 Dicbre. 1927.

Este VALE sólo sirve para UN pedido hecho directamente a la Editorial "Saturnino Calleja", de Madrid; por tanto, no tiene valor alguno presentándolo en una librería. Se pueden comprar libros elegidos entre todos los publicados por la Editorial "Saturnino Calleja", sin limitación de precio ni de cantidad, pero pidiendo sólo un ejemplar de cada uno. Cada suscriptor podrá hacer uso de estos vales sólo tres veces cada año.

NOMBRE DEL SUSCRITOR QUE UTILIZA EL VALE: D.

calle de

núm.

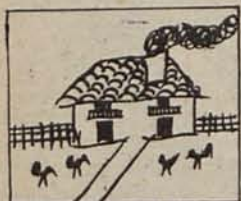
Población

Provincia

Algunos suscritores no han recibido los VALES a que les da derecho su suscripción para hacer pedidos de libros a la EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA", S. A., con importantes rebajas. Otros nos dicen que se les han perdido. Otros, que ya utilizaron aquellos vales y quieren otro. Para que todos queden complacidos, publicamos hoy, y publicaremos algunas veces más, este VALE. TODOS LOS SUSCRITORES podrán utilizarlo; y SOLO LOS SUSCRITORES.



Un espantapájaros.
ZACARÍAS MARTÍN.
Zaragoza.



La casa donde veraneo.
JUAN SANCHO CANDEIRA.
La Coruña.

LAS OBLIGACIONES DEL BUEN PINOCHISTA

(No se incluyen en ellas las que corresponden no sólo a los buenos Pinochistas, sino a todos los hombres buenos.)

- 1.ª Leer **PINOCHO** cada semana (si todas nuestras obligaciones fueran tan divertidas..., ¿verdad?)
- 2.ª A ser posible, suscribirse a la revista del héroe de madera.
- 3.ª Procurar que **Pinocho** y su revista sean conocidos, protegidos y reverenciados en todas partes.
- 4.ª Tener siempre completa la **Serie Pinocho contra Chapete** (porque no tenerla sería una tontería, con lo preciosos que son todos los tomos), y reunir la mayor cantidad posible de **Cuentos de Calleja**.
- 5.ª Usar en su correspondencia epistolar el **Papel de cartas Pinochista**, que es estupendo.
- 6.ª Si le toca un premio en los sorteos de regalo y en los concursos de **PINOCHO**, decirselo a todos sus amigos para que vean qué premios regala y sortea entre sus suscritores este semanario inmortal, colosal y sin igual.



Un faro.
JORGE BRANDÓN
Rio Janeiro.



Un duelo.
VICENTE TEJERO.
Vigo.

De la magnífica y divertidísima **SERIE**
PINOCHO CONTRA CHAPETE,

LAS JUGARRETAS DE CHAPETE

Precio: 1,50

Lo remite a toda España y América la
Editorial «Saturnino Calleja»,
S. A., Apartado 447, Madrid, a quien
lo pida acompañando su importe.



La **EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA»**, **S. A.**, remite a todas las Repúblicas hispanoamericanas sus publicaciones a los mismos precios anunciados para España y sin recargo alguno de ninguna clase. Aun tratándose de pedidos muy pequeños es fácil remitir el importe, ya sea por cheque obtenido en cualquier Banco, ya por Giro postal en las Repúblicas que tienen establecido este servicio con España, y que son las siguientes: Argentina, Bolivia, Brasil, Costa Rica, Cuba, Chile, Honduras, Méjico, Salvador y Uruguay.

TAPAS PARA ENCUADERNAR «PINOCHO»



- TOMO I.—Febrero-Julio, 1925.
TOMO II.—Agosto-Dbre., 1925.
TOMO III.—Enero-Junio, 1926.
TOMO IV.—Julio-Dbre., 1926.

Precio de las tapas de cada tomo, 5 pesetas.

Para los suscritores, 3 ptas.



La **EDITORIAL**
«SATURNINO CALLEJA», S. A.
remite **GRATIS** el Catálogo de todos los **C U E N T O S**
D E C A L L E J A
a quien se lo pida.

REGALOS CONCEDIDOS A LOS SUSCRITORES

Son de dos clases: **regalos generales** y **regalos especiales**.

REGALOS GENERALES

- 1.ª Participación en el sorteo que se celebra todos los meses para repartir, **sólo entre los suscritores**, 60 pesetas en dinero y libros. (Las condiciones del sorteo se publican todos los meses).
 - 2.ª Participación en los grandes sorteos de regalos extraordinarios, en los que sólo toman parte los suscritores. (Las condiciones de estos sorteos se anuncian en cada uno de ellos).
 - 3.ª Derecho a que se publique su retrato en **PINOCHO**. Para esto basta enviar la fotografía (que debe ser grande y clara), indicando al mismo tiempo el número del último recibo de suscripción. La suscripción puede ser por un año, por un semestre o por un trimestre. Los retratos se publicarán por el orden en que se reciban y según el espacio que tengamos disponible.
 - 4.ª Derecho a tomar parte en los concursos de **Problemas y Pasatiempos**. Sólo pueden tomar parte en estos concursos los suscritores.
 - 5.ª Derecho a la **Colaboración Pinochista**. Sólo los suscritores pueden enviar chistes, dibujos, cuentos, etc., para que se publiquen en **PINOCHO**.
- Los **Regalos generales** no es necesario solicitarlos al hacer la suscripción. En todo momento corresponden a los suscritores sólo por el hecho de serlo.

REGALOS ESPECIALES

Además de los **regalos generales**, arriba indicados, y que son comunes a todos los suscritores, hay **regalos especiales** para los suscritores por un año, otros, para los suscritores por un semestre; otros, para los suscritores por un trimestre. Estos **regalos especiales** sólo los obtendrán los Pinochistas que los soliciten en el momento de hacer su suscripción. Los que no los pidan perderán todo derecho, así como

los que digan que los pedirán más adelante. Por tanto, quien no obtenga sus **regalos especiales** con su recibo de suscripción, no podrá reclamarlos más adelante.

Los **regalos especiales** son los siguientes:

Si la suscripción es por un año (20 pesetas)

- 1.ª Dos tomos **gratis** de la magnífica serie **PINOCHO CONTRA CHAPETE**.
- 2.ª Un Cupón-regalo. Reuniendo tres o más de estos cupones especiales se pueden obtener preciosos regalos.
- 3.ª Tres vales, valederos por un año, para hacer tres pedidos de libros directamente a la **EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A.**, sin limitación de cantidad y con una rebaja del 30 por 100.
- 4.ª Rebaja de precios en las tapas para encuadernar **PINOCHO**. (Precio para los lectores: cada tapa, 5 pesetas. Para los suscritores, 3 pesetas).

Si la suscripción es por un semestre (10 pesetas)

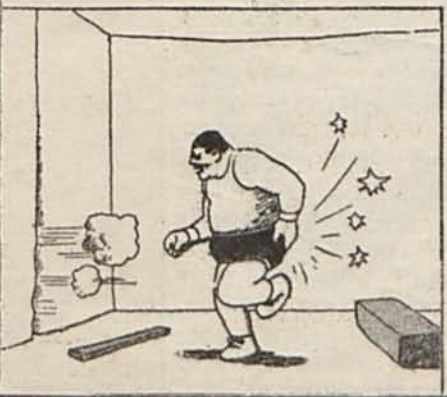
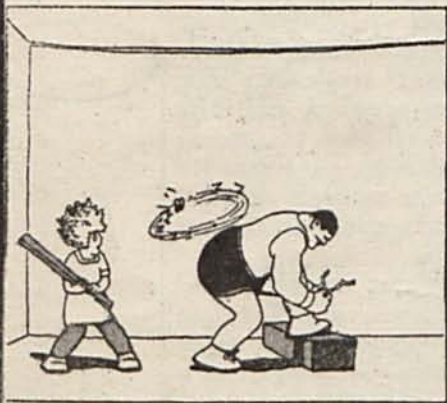
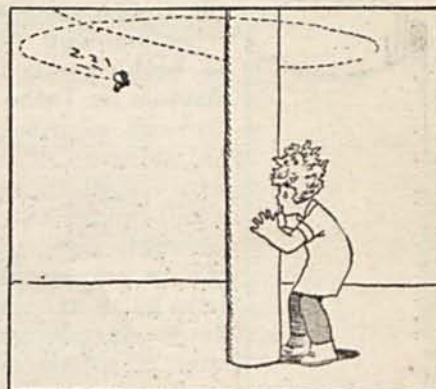
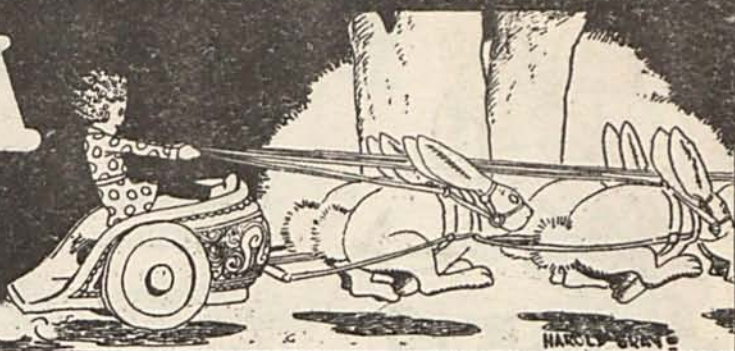
- 1.ª Un tomo **gratis** de la serie **PINOCHO CONTRA CHAPETE**.
- 2.ª Tres vales, valederos por seis meses, para hacer tres pedidos de libros a la **EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A.**, sin limitación de cantidad y con una rebaja del 25 por 100.
- 3.ª Rebaja de precios en las tapas para encuadernar **PINOCHO**. (Precio para los lectores: cada tapa, 5 pesetas. Precio para los suscritores: cada tapa, 3 pesetas).

Si la suscripción es por un trimestre (5 pesetas)

- 1.ª Tres vales, valederos por seis meses, para hacer tres pedidos de libros a la **EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A.**, sin limitación de cantidad y con una rebaja del 25 por 100.
- 2.ª Rebaja de precios en las tapas para encuadernar **PINOCHO**. (Precio para los lectores: cada tapa, 5 pesetas. Precio para los suscritores: cada tapa, 3 pesetas).

ANITA

BUEN-CORAZON





Sección Pirula

CHARLAS DE PIRULA.

Totito gana una apuesta.—Ya quedamos un día en que está feo hacer

apuestas, y me gustan poco los niños que tienen esa costumbre.

Sin embargo, debo confesar que me ha hecho gracia la manera como ese diablillo de Totito ganó la apuesta que hizo con su primo, el buenazo de Pepín, de que... ¡le sacaría la lengua, cara a cara, a miss Jessy!

Si conocierais a miss Jessy, la severa institutriz inglesa de las gafas de concha, os estremeceríais de horror al oír estas palabras, como me he estremecido yo cuando me lo han contado, y como se estremeció Pepín ante tan extravagante proposición.

—¡Es imposible! —exclamó—. ¡No te atreverás!

—¿Van tres bombones de chocolate de la caja que te ha traído tu tía Ursula, y a elegir entre los más gordos?

—¡Van!

Con la cabeza gacha y el aire más compungido y doliente del mundo, Totito se acerca a miss Jessy, que está leyendo.

—Miss —murmura con voz tristísima—, no sé qué me pasa; no tengo hambre para merendar.

—¡Mi God! —exclama miss Jessy aterrada ante tan espantoso síntoma de enfermedad—. Yo pienso osté necesita fregar estómago. ¡A ver la lengua!

¡Oh! ¡Qué magnífica lengua rosa expone Totito ante las gafas redondas de miss Jessy! Y, en seguida, pegan-

do un brinco de alegría ante la institutriz, estupefacta echa a correr gritando:

—¡Ya estoy curado! ¡Ya tengo hambre..., hambre de merienda... y de bombones de chocolate!

Pirula, fabricante de juguetes: Juego de bo-



los.—¡Bravo, Mariquita! ¡Bien contestado! Papá ha preguntado a ella y a su hermano Manolo: «¿Cuáles son vuestros juguetes predilectos?» Manolo ha dicho: «Los más grandes». Mariquita: «Los que yo misma fabrico».

Si, tiene muchísima razón la monísima Mariquita, que es una de las más asiduas realizadoras de la «Sección Pirula». Nada se aprecia tanto como lo que se debe al propio esfuerzo; he conocido niñas traviesas y desordenadas que estropeaban, por falta de cuidado, sus más lindos y costosos vestidos y reservaban su más tierna solicitud para cualquier modesto delantal bordado o adornado con vainicas por ellas mismas.

Estoy segura de que hasta mis más destrozones lectores, aquellos que arrancan la cola de los caballos de cartón para meter cosas por el agujero, o destripan las muñecas para ver lo qué tienen dentro, o rompen la cuerda de los automóviles mecánicos por el gusto de dar una vuelta más de las debidas, esos conservarán hasta que entren en quintas, si son chicos, o se presenten en sociedad, si son chicas, el juego de bolos que vais todos a fabricar copiando alguno de los dos adjuntos modelos.

Para ello se pinta el soldado (el blanco o el negro) sobre una hoja de papel de barba, reservando a la izquierda una tira en blanco, y luego se pega sobre un tubo de madera o de cartón.

Como los detalles del dibujo son geométricos, no necesito insistir sobre lo fácil que resulta su reproducción.

